



LA MUERTE DE LA CLASE
LIBERAL

Traducción de
JESÚS CUÉLLAR

Capitán Swing®

CHRIS HEDGES

LA MUERTE DE LA CLASE LIBERAL

Chris Hedges

Traducido por Jesús Cuéllar

Título original: *Death of the Liberal Class* (2011)

© Del libro: Chris Hedges

© De la traducción: Jesús Cuéllar

Edición en ebook: abril de 2016

© De esta edición:

Capitán Swing Libros, S.L.

Rafael Finat 58, 2ª - 28044 Madrid

Tlf: 630 022 531

www.capitanswinglibros.com

ISBN DIGITAL: 978-84-945043-8-9

© Diseño gráfico: Filo Estudio www.filoestudio.com

Corrección ortotipográfica: Victoria Parra Órtiz

Maquetación ebook: Caurina Diseño Gráfico www.caurina.com

Queda prohibida, sin autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento.

Chris Hedges

Sidney (Australia), 1953

Periodista estadounidense, Hedges es corresponsal de guerra especializado en América y Oriente Próximo. Durante dos décadas fue corresponsal en Centroamérica, Oriente Próximo, África y los Balcanes, informando desde más de cincuenta países. Entre 1990 y 2005 trabajó para numerosos medios como *The Christian Science Monitor*, *National Public Radio*, *The Dallas Morning News*, y *The New York Times*. En 2002 formó parte del equipo de periodistas del *New York Times* que fue galardonado con el Premio Pulitzer por su cobertura del terrorismo global, y recibió también el *Global Award for Human Rights Journalism* de Amnistía Internacional. Ha impartido clases en las universidades de Columbia, Nueva York, Princeton y Toronto.

En 2011 Hedges compuso lo que el *New York Times* describió como una «llamada a las armas» para el primer número de *The Occupied Wall Street Journal*, el periódico que desde entonces da voz al movimiento de protesta, y es también autor de varios bestsellers, entre los que figuran *War is a force that gives us meaning* (2002), finalista del National Book Critics Circle Award para libros de no ficción; *I Don't Believe in Atheists* (2008); *Death of the Liberal Class* (2010); y *Days of Destruction, Days of Revolt* (2012), su libro más reciente, escrito en colaboración con el dibujante Joe Sacco.

Contenido

Portadilla

Créditos

Autor

Cita

01. Resistencia

02. La guerra permanente

03. El desmantelamiento de la clase liberal

04. La política como espectáculo

05. Desertores liberales

06. Rebelión

Agradecimientos

Bibliografía

Cita

«En todas las épocas existe una ortodoxia, un corpus de ideas que se da por hecho que cualquier persona razonable aceptará sin rechistar. No es que esté realmente prohibido decir esto, aquello o lo de más allá, sino que simplemente no se hace, del mismo modo que a mediados de la época victoriana aludir a los pantalones era algo que no se hacía en presencia de una dama. Cualquiera que cuestione la ortodoxia imperante se encontrará silenciado con sorprendente eficacia. A una opinión que vaya verdaderamente en contra de lo establecido nunca se le otorgará la atención debida, ya sea en la prensa popular o en las publicaciones eruditas».

George Orwell
(Libertad de prensa)¹

¹ George Orwell, «Freedom of the Press», introducción para *Animal Farm* [Rebelión en la granja], no publicada en su momento. Primera impresión, Bernard Crick (ed.), *Times Literary Supplement*, 15 de septiembre de 1972, p. 1040.

01

Resistencia

«Permitir que el funcionamiento del mercado fuera el único rector del destino humano y de su entorno natural conduciría realmente, incluso en relación con la magnitud y la utilización de la capacidad de compra, a la demolición de la sociedad. Porque a esa supuesta mercancía llamada «fuerza de trabajo» no se la puede empujar de un lado a otro, ni utilizarla indiscriminadamente y ni siquiera dejar de utilizarla sin que ello repercuta en quien casualmente es portador de esa peculiar mercancía. Al enajenar la fuerza de trabajo del hombre, el sistema enajenaría igualmente la entidad física, psicológica y moral del «hombre» ligado a la etiqueta. Al arrebatárselos la capa protectora de las instituciones culturales, los seres humanos perecerían a causa de las inclemencias sociales; serían víctimas mortales de una grave dislocación social ocasionada por el vicio, la perversión, el crimen y el hambre. La naturaleza quedaría reducida a sus elementos, los barrios y paisajes se verían envilecidos, los ríos contaminados, la seguridad militar peligraría y quedaría destruida la capacidad de producir alimentos y materias primas.»

Karl Polanyi,
*(La gran transformación)*²

Ernest Logan Bell, desempleado de veinticinco años y veterano del cuerpo de infantes de marina estadounidense, camina por la carretera 12, en el norte del estado de Nueva York. A un costado de su mochila verde lleva atada una bandera estadounidense de gran tamaño. Lloviz-

na ligeramente y el hombre se cubre con un poncho militar también verde. Bell, que es bajito, musculoso y afable, y con el pelo castaño cortado casi al cero, como los militares, me dice cuando paro el coche que durante seis días recorrerá, desde Binghamton a Utica, unos ciento cincuenta kilómetros, en lo que él llama «Caminata de la libertad». Dentro de una quijotesca campaña, tiene pensado presentarse como candidato republicano contra el demócrata Michael Arcuri, actual representante del 24° Distrito del Congreso. Bell ha acampado junto a la carretera durante tres noches y las demás ha dormido en hoteles baratos. Se opone a la ley de reforma sanitaria que acaba de aprobar el Congreso, de mayoría demócrata; exige el fin de las guerras de Irak y Afganistán; defiende la abolición de la Reserva Federal; está en contra de los rescates que el Gobierno federal ha concedido a Wall Street y quiere que aquel ayude de manera inmediata a los trabajadores que, como él mismo, no pueden salir del paro de larga duración. Aludiendo al libro escrito por Ron Paul, de la Cámara de Representantes, que lleva en la mochila, esgrime una pancarta en la que pone a mano «Acabad con la Fed», así como un ejemplar de la *Constitución de EE UU para torpes*, de Michael Arnheim. Dice que tiene pensado entregar el libro de Paul en la oficina de Arcuri en Utica.

«Acabo de cruzar la localidad de Norwich», dice mientras pasa un coche y le pita en señal de apoyo, «donde hay un fuerte movimiento del Tea Party».

El movimiento del Tea Party, en su mayoría, está compuesto por un puñado de americanos contrariados. Saben que algo va mal y están dispuestos a comprometerse. En mi zona, muchos del Tea Party son demócratas. La gente está confundida. Está traumatizada. No sabe qué pensar. Pero es absurdo actuar como si estos problemas hubieran comenzado el 20 de enero [fecha de la toma de posesión del presidente]. Apuntar al presidente actual y no a los anteriores no nos sirve para averiguar qué está pasando.³

Bell, que vive en Lansing (Nueva York), es el nuevo rostro de la resistencia. Es joven, se encuentra cómodo en la cultura castrense, recela enormemente del Gobierno federal, desdeña a la clase liberal, es incapaz de encontrar trabajo y está furioso. Bascula entre el populismo de derechas y el de izquierdas, manifestando admiración tanto por Paul como por el representante Dennis Kucinich, y también por el movimiento

del Tea Party. En las últimas elecciones presidenciales comenzó apoyando a John McCain, pero el senador de Arizona y los vínculos del Partido Republicano con Wall Street le fueron desencantando. Al final, no votó en esos comicios. Entre sus vecinos y amigos ha reunido unos 1.000 dólares para sufragar su propia campaña. Bell, que es aficionado a las artes marciales, llegó a las semifinales del Campeonato de Combate de la Guardia Nacional, celebrado en 2010 en Fort Benning (Georgia), en cuyo último encuentro acabó con la nariz rota; su contrincante sufrió contusiones en las costillas y muslos, y el jurado proclamó su derrota, pero no por unanimidad.

«Me aterroriza realmente pensar en nuestro futuro», declara.

Creo que todo apunta a un verdadero colapso sistémico en un futuro próximo, quizá incluso antes de las elecciones de mitad de legislatura. Por eso creo que muchos de los que están en el poder no se presentan. Parece que saben lo que se avecina y, por supuesto, las ratas están abandonando el barco llevándose sus pensiones. Ni el Gobierno ni la Fed podrán hacer nada para reducir el dolor, ya no les quedan más trucos. Te aseguro que todo el mundo lo va a pasar mal, salvo la elite empresarial y bancaria, por supuesto. Lo que yo digo es que hay que dejar caer el imperio: a veces hay que morir para renacer. Tal como está, el sistema político apenas ofrece esperanzas de promover un verdadero cambio ni justicia social. Propongo que intentemos revertir este golpe de Estado intentando dar el nuestro. En primer lugar, debemos intentar retomar los medios de control, poder y discurso tradicionales, devolviendo la integridad a nuestro vendido sistema electoral. Por desgracia, no es probable que así consigamos mucho, pero el esfuerzo merece la pena. Tenemos el deber patriótico de resistirnos a la tiranía. Debemos romper estas cadenas de opresión y reinstaurar en nuestro Gobierno los principios de libertad y justicia para todos. No confío en que ponerse delante de edificios con pancartas vaya a promover un cambio de poder fundamental, ya que el poder no suele cambiar de manos sin lucha. Los derechos inalienables no se tienen por gentileza del Gobierno federal. Debemos permanecer en las calles y negarnos a que nos silencien. Debemos rechazar un sistema controlado por las grandes empresas y centrarnos en reconstruir una estructura política y una sociedad de raíz local. La revolución es la única alternativa a la rendición y la

derrota absolutas. De una auténtica revolución solo cabe esperar un sufrimiento y un dolor terribles e inclementes, eso está prácticamente garantizado. En este momento la protesta debe transformarse en actos de desafío. Hay que ser audaces.

Bell se crió en Oakwood, una pequeña localidad del este de Texas, situada entre Dallas y Houston. Su padre luchó contra el alcoholismo y ahora se está recuperando. Sus progenitores, después de pelearse con frecuencia, separarse y reunirse, se divorciaron cuando él tenía trece años. Fue su madre la que tuvo que encargarse de criar a Bell, a su hermano menor (ahora en la 82ª División Aerotransportada) y a su hermana pequeña en un apartamento de un solo dormitorio. Trabajaba aquí y allá, esporádicamente, y el dinero escaseaba. En el último curso de secundaria, la clase de Bell tenía dieciocho alumnos. Como en Oakwood no había mucho trabajo, él, al igual que otros compañeros de clase, se alistó en el ejército.

«Para mantenernos, mi padre tenía dos trabajos; padecía alcoholismo, pero es un buen tipo y, como padre, intentaba apoyarnos», afirma Bell:

Mi madre tenía sus propios problemas. Ahora vive en una casucha de una sola habitación. Hace cuatro años sufrió un cáncer de pecho y como no tiene seguro vive en la pobreza. Yo sé que el sistema no funciona. Ella vive en una casa pequeña, en una cabaña de un solo dormitorio instalada en un terreno de su madre, donde mi hermano yo y nos quedábamos a veces cuando mis padres se peleaban. Vivimos en varias casas y pisos distintos, con mi madre o con mi padre. Yo me fui de casa a los diecisiete, pasé por las casas de varios amigos y después regresé a Oakwood, donde terminé la secundaria viviendo con mis abuelos, lo cual tuvo una profunda influencia en mi vida y mis valores. Mi vida era incoherente, caótica y de clase obrera. Creo que ese entorno me ayudó a desarrollar mi carácter y mi mentalidad. Hay que reconocerlo: mi padre lo intentó.

«En Oakwood (Texas), no te podías quedar y tener trabajo», añade.

Bell se trasladó al norte del estado de Nueva York hace dos años, después de abandonar el cuerpo de infantes de marina para estar cerca de Shianne, su hija de tres años. La madre de la niña y él están separados. Bell encontró trabajo de carpintero en una cuadrilla itinerante de obreros de la construcción. Cobraba 14,50 dólares a la hora y a veces

podía llegar a ganar hasta 800 dólares a la semana. Entonces vino el desastre financiero que dejó sin fuelle a la economía local.

«En el inmueble en el que vivo a todo el mundo le han reducido la jornada, está en paro o solo cobra el sueldo mínimo», dice. «A mí me despidieron el año pasado. Intento encontrar trabajo de carpintero autónomo. No tengo seguro sanitario».

El año pasado, la escasez de trabajo, que a veces le ha obligado a sobrevivir con 600 dólares al mes, le llevó a alistarse en la división de la Guardia Nacional de Nueva York, aunque eso supondrá seguramente que le envíen a Afganistán. Era imposible resistirse al incentivo que ofrecía la prima de 20.000 dólares a la firma del contrato. La unidad de la Guardia Nacional en la que entró ha regresado hace poco de Afganistán.

«Nos estamos preparando para regresar a Afganistán», declara. «No está bien que sigan utilizando a la Guardia Nacional, a tropas de los estados, para patrullar las calles de Afganistán. Son unidades ya de por sí sobrecargadas. No recibimos prestaciones. No tenemos cobertura sanitaria como los militares que están en activo. Pero a la Guardia la despliegan tanto como a ellos. Algunos de esos chicos han pasado por tres o cuatro periodos de servicio».

«Abandoné el cuerpo de infantes de marina, regresé a Texas durante diez meses y entré en la campaña de John McCain», dice Bell:

El neoconservadurismo me desilusionó mucho. Nunca me había metido en política. Comencé a comprender que, aunque dicen que necesitamos tener todas esas tropas por el mundo para, como ellos dicen, «defender la libertad», en realidad estábamos construyendo naciones y trabajando para determinados intereses que son los que promueven esas guerras. En política exterior y económica, lo que he visto es que no hay diferencias entre los dos partidos principales. Existe un paradigma ficticio que, distinguiendo entre izquierda y derecha, distrae a la clase obrera de las verdaderas razones de sus penurias.

«Los inviernos son realmente duros [en el estado de Nueva York]», añade:

Hay menos trabajo y la calefacción cuesta cara. Yo pago unos 200 dólares al mes por la electricidad y el gas. Vivo con muy poco. No tengo tele por cable. No salgo ni hago gastos innecesarios.

sarios. Es una lucha. Pero por lo menos no he tenido que dedicar cuarenta horas a un empleo por el que cobro un sueldo mínimo que no me alcanza para vivir. Aquí la gente lo está pasando realmente mal. La tasa de desempleo real debe de ser por lo menos del veinte por ciento. Mucha gente tiene trabajos a tiempo parcial aunque quisiera trabajar a jornada completa. Hay muchos como yo, trabajadores autónomos y propietarios de pequeñas empresas, que no pueden solicitar cobertura de desempleo. Yo no puedo cobrar paro porque trabajé en la categoría 1099, la del contratista autónomo, incluso cuando estaba en la empresa de construcción.

«La gente tiene miedo», dice Bell. «Quiere vivir su vida, criar a sus hijos y ser feliz. Pero no es posible. No saben si podrán pagar el siguiente recibo de la hipoteca. Ven que su nivel de vida está empeorando».

Bell dice que a él y a los que le rodean los están empujando al abismo, y que teme las repercusiones sociales y políticas.

«Espero que haya una revolución populista», y añade:

Tenemos que tomar los rescates bancarios y el dinero que estamos enviando al extranjero y utilizar todo eso para nuestras comunidades. De no ser así, aumentará el enfado y al final habrá violencia. Cuando la gente lo pierde todo, comienza a perder la cabeza. Cuando no se puede encontrar trabajo, aunque uno no deje de buscarlo, comienzan a producirse cosas como tiroteos indiscriminados y suicidios. Veremos actos de terrorismo interno. El Estado vulnerará todavía más nuestras libertades civiles para controlar las protestas masivas. Ya estamos viendo algunas manifestaciones universitarias, pero veremos otras de mayor magnitud. Espero que las protestas sean constructivas. Espero que la gente no recurra a medidas drásticas. Pero hará lo que tenga que hacer para sobrevivir. Quizá eso signifique revueltas como las del pan. Más vale que el sistema político se ponga inmediatamente a trabajar para aliviar la presión.

Rabia y la sensación de haber sido traicionado: eso es lo que expresan Ernest Logan Bell y decenas de millones de trabajadores privados de derechos. Esas emociones emanan del hecho de que en las últimas tres décadas la clase liberal no haya logrado proteger los intereses mínimos de la clase obrera y la media, mientras las grandes empresas des-

mantelaban el Estado democrático, diezmaban el sector industrial, saqueaban el Tesoro estadounidense, lanzaban guerras imperiales imposibles de sufragar y de ganar, y destripaban las leyes básicas que protegían los intereses del ciudadano corriente. No obstante, la clase liberal continúa utilizando el lenguaje remilgado y caduco de las políticas y los asuntos candentes. Se niega a contrarrestar la arremetida de las grandes empresas. Esta es la razón de que una derecha virulenta haga suya y exprese la legítima rabia que manifiestan quienes han sido privados de derechos. Y la clase liberal, aunque sigue aferrándose a los privilegios que le conceden los puestos en sus propias instituciones, se ha convertido en algo caduco.

El liberalismo clásico pretendía mayormente responder a la disolución del feudalismo y al autoritarismo eclesiástico. Abogaba por la no injerencia o la independencia dentro del Estado de derecho. Incorporaba algunos aspectos de la antigua filosofía ateniense tal como la expresaron Pericles y los sofistas, pero era un sistema filosófico que suponía una ruptura radical, tanto con el pensamiento aristotélico como con la teología medieval. Según escribe el filósofo John Gray, el liberalismo clásico tiene

cuatro rasgos o perspectivas principales, que le otorgan una identidad reconocible: es individualista, ya que proclama la primacía moral del individuo frente a cualquier colectivo; es igualitario, puesto que concede a todos los seres humanos una misma categoría moral fundamental; es universalista porque defiende la unidad moral de la especie; y es meliorista, ya que proclama la indefinida capacidad de mejora de la vida humana mediante el recurso a la razón crítica.⁴

Las bases del liberalismo clásico las sentaron Thomas Hobbes (1588-1679), John Locke (1632-1704) y Baruch Spinoza (1632-1677). En la obra de estos teóricos profundizaron en el siglo XVIII los pensadores morales escoceses, los filósofos franceses y los primeros artífices de la democracia estadounidense. En el siglo XIX, el filósofo John Stuart Mill (1806-1873) redefinió el liberalismo abogando por la redistribución de la riqueza y el fomento del Estado de bienestar.

La era del liberalismo, que floreció a finales del siglo XIX y comienzos del xx, la caracterizó el desarrollo de movimientos de masas y propuestas de reforma social interesados en las condiciones del trabajo fabril, la organización de sindicatos, los derechos de la mujer, la educa-

ción universal, la vivienda para los pobres, las campañas de salud pública y el socialismo. Esta era del liberalismo acabó verdaderamente con la Primera Guerra Mundial, que hizo añicos el optimismo liberal sobre la inevitabilidad del progreso humano, consolidando también el control del Estado y las empresas sobre los ámbitos económico, político, cultural y social. Creó la cultura de masas, fomentó el culto al yo a través de la sociedad de consumo, condujo a la nación a una época de guerra permanente, y utilizó el miedo y la propaganda masiva para intimidar a los ciudadanos y silenciar a las voces independientes y radicales dentro de la clase liberal. El *New Deal* de Franklin Delano Roosevelt, que no se puso en marcha hasta que el sistema capitalista no se derrumbó, fue el último suspiro político del liberalismo clásico estadounidense. Sin embargo, las reformas de esa época fueron sistemáticamente desmanteladas en los años posteriores a la Segunda Guerra Mundial, a menudo con la ayuda de la clase liberal.

Después de la Primera Guerra Mundial, en Estados Unidos surgió una emanación mutante de esa clase, que hizo suyo un ferviente anticomunismo, y que tenía como principal prioridad la seguridad nacional. Caracterizada por una visión profundamente pesimista de la naturaleza humana, encontró sus raíces ideológicas en filósofos morales como el realista cristiano Reinhold Niebuhr, aunque este fuera frecuentemente malinterpretado y sus ideas excesivamente simplificadas por quienes pretendían justificar la pasividad política y el aventurerismo imperial. Este tipo de liberalismo, como temía que se le considerara blando con el comunismo, se afanó por encontrar su lugar en la cultura contemporánea mientras los sistemas de valores por los que abogaba entraban cada vez más en contradicción con el aumento del control estatal, la pérdida de poder de los trabajadores y el desarrollo de un enorme complejo militar-industrial. Cuando el liberalismo de la Guerra Fría se transformó hasta hacer suyas la globalización, la expansión imperial y un capitalismo sin trabas, los ideales que formaban parte del liberalismo clásico ya no caracterizaban a la clase liberal.

Lo que se mantiene no es el liberalismo democrático como tal, sino un mito que utilizan las elites de poder empresarial y sus defensores para justificar el sometimiento y la manipulación de otros países en nombre del interés nacional estadounidense y de los valores democráticos. Expertos en teoría política como Samuel Huntington consideraron en sus escritos que el armazón del liberalismo democrático era una vibrante fuerza filosófica, política y social que podía exportarse al extranjero, a

menudo por la fuerza, y llevarla a quienes se consideraba menos civilizados. La clase liberal, arrinconada y débil, entró en el juego, políticamente seguro, de atacar a la barbarie comunista —y, posteriormente, al radicalismo islámico—, en lugar de intentar combatir las crecientes injusticias y abusos estructurales del Estado empresarial.

A pesar de las múltiples pruebas en contra, la anémica clase liberal sigue proclamando que la libertad y la igualdad humanas pueden alcanzarse mediante la farsa de la política electoral y la reforma constitucional. Se niega a reconocer la dominación por parte de las empresas de los canales democráticos tradicionales que servían para garantizar un amplio poder de participación. Quizá la ley se haya convertido en el último refugio del idealismo de la clase liberal. Los liberales, que se desesperan con los órganos legislativos y con la ausencia de un verdadero debate en las campañas políticas, conservan una fe ingenua en la ley como vehículo de reforma eficaz. Y la conservan a pesar de que el poder empresarial manipula el sistema judicial de forma tan flagrante como la política electoral y la deliberación de las leyes. Las que aprobó el Congreso, por ejemplo, desregularon la economía y la entregaron a los especuladores. Las leyes permitieron el saqueo del Tesoro estadounidense en nombre de Wall Street. Las leyes han suspendido libertades civiles esenciales, entre ellas el *habeas corpus*, lo que ha permitido al presidente autorizar el asesinato de ciudadanos estadounidenses considerados cómplices en actos de terrorismo. El Tribunal Supremo, pasando por encima de los precedentes jurídicos, puso fin al recuento de las elecciones presidenciales de 2000 en Florida, e hizo presidente a George W. Bush.

Como dijo C. Wright Mills, «un descompuesto y atemorizado liberalismo» fue desarmado por «la insegura y despiadada furia de gánsteres políticos». A la clase liberal le pareció más prudente hacer gestos morales vacíos que enfrentarse a la elite del poder. «Es mucho más seguro ensalzar las libertades civiles que defenderlas y mucho más seguro defenderlas en su calidad de derecho formal que utilizarlas de forma políticamente eficaz. Precisamente los más dispuestos a socavar esas libertades son los que con más frecuencia hacen tal cosa en nombre de esas mismas libertades», escribió Mills. «Todavía más fácil resulta defender el derecho que hace años alguien tuvo a usarlas que tener uno mismo que decir algo *ahora* y hacerlo con energía. La defensa de las libertades civiles —incluso de su práctica hace una década— se ha convertido en el principal interés de muchos académicos liberales en su día izquierdis-